

# Cuentos

hacia el inconsciente



J. G. González

# CUENTOS HACIA EL INCONSCIENTE

J. G. González

Letra Minúscula

Primera edición: febrero de 2019

Copyright © 2019 J. G. González

[www.jggonzalez.es](http://www.jggonzalez.es)

Ilustración de cubierta Ricardo Muñoz Martínez

Editado por Letra Minúscula

[www.letraminuscula.com](http://www.letraminuscula.com)

[contacto@letraminuscula.com](mailto:contacto@letraminuscula.com)

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio sin el permiso expreso de su autor.

## ÍNDICE

PRÓLOGO

SOMOS LLUVIA

EL ÁRBOL SIN FRUTOS

APRENDIENDO A LEER

AHORA QUE PUEDO

LA CIUDAD DE LAS RESPUESTAS

EL VIAJE

ESPÍRITU CROMÁTICO

EN LAS PROFUNDIDADES

PIES DE PIEDRA

LA CARTA ANTIGUA

EL CONCURSO

NAUFRAGAR

LAS TRES CAJAS

## PRÓLOGO

Siempre he pensado que alrededor de las hogueras se produce una magia mística que desata la imaginación, haciendo brotar las palabras. En las reuniones en torno a una chimenea encendida, las palabras fluyen libres, pues allí, envueltas en ese cálido naranja que calienta el espíritu, se encuentra el lugar donde desde tiempos antiguos se han contado las mejores historias. Quizá, por eso, más que un libro de cuentos, este será un libro de cuentos contados junto a uno de esos manantiales.

A lo largo de los años, he podido disfrutar de esas reuniones que se producen en los días fríos, en las que la conversación parece manar de las brasas incandescentes y cada uno cuenta a los demás cualquier relato que surja espontáneamente de sus pensamientos. Todos escuchan con serenidad esas palabras, como si la única luz que existiera en el mundo fuera la de esa pila de troncos encendidos; porque, en cualquier hoguera que se cuente una historia, raras son las veces que se mira el rostro de quien habla y, si se hace, es solo por breves instantes. Un brillo tenue que nos adormece encadena nuestras miradas a las llamas, y con atención observamos las brasas, pareciendo ser estas las que emiten las palabras.

Ese es el motivo por el que he decidido encender una hoguera con quienes os queráis reunir en esta noche y contar las historias que vayan brotando del naranja de las ascuas.

Los cuentos que se contarán en esta hoguera son el modo que tengo de narraros las experiencias que algún día viví o alguien que conocí vivió, y me enseñaron algo muy importante. Algunas veces, es un poco más costoso darse

cuenta de lo que nos perjudica y cambiar el pensamiento, pero con compromiso, un día llega a convertirse en un proceso automático, una manera de pensar espontánea. Existen muy buenos libros, cuyos contenidos nos ayudan en un momento dado a encontrar la luz de nuestro faro y continuar nuestra vida, pero pienso que solo son un alto en el camino. El trabajo de sentirnos bien es nuestra responsabilidad y requiere nuestro empeño. No por leer un libro que nos dé las instrucciones para construir una casita en el árbol, miraremos después por la ventana y ya la tendremos construida. No. Ese libro es una guía que nos orientó cuando no sabíamos por dónde empezar; pero ahora es nuestro turno y tenemos que adquirir las maderas, las herramientas y la responsabilidad de construir esa casa. Habrá momentos en que el trabajo nos parezca fácil, que adelantemos mucho. Otras veces nos perderemos y volveremos a por ese libro de instrucciones para recordar sus sugerencias. Incluso, alguna que otra vez, podremos pensar que ese manual está confundido y no funciona. Tanto en los momentos difíciles como en los más agradables, el secreto es conservar la orientación de nuestra mente enfocada en pos de conseguir ese objetivo: mantener el deseo de construir esa casita en el árbol y verla en el horizonte; no perder la ilusión de tener esa casa. Hoy quiero compartir estas historias con vosotros para intentar inundaros con todo lo positivo que este libro os pueda aportar a cada uno; por esta razón, aparte de estos cuentos, después de cada relato hallaréis el pensamiento, aprendizaje o reflexión que motivó su escritura.

He leído y escuchado en muchas ocasiones que nuestra mente tiene el poder de crear su propia realidad y atraer hacia ella los pensamientos que tengamos, materializándolos, ¡cuidado!, sean buenos o malos. Según esta idea, entonces...

## SOMOS LO QUE PENSEMOS QUE SOMOS.

Vamos a intentar descubrir si esa fuerza es real, pues para saber si algo es apropiado para nosotros, la mejor manera que existe es comprobarlo, experimentarlo. Creemos en nuestras mentes un lugar adecuado para contar estas historias y, para ello, empecemos dibujándolo en nuestros pensamientos. Creemos un hogar donde nos encontremos a gusto. Ponedle las ventanas, las puertas y el tejado con los materiales que queráis. Pintadlo con los colores que más os plazcan o construidlo en madera. Hacedlo a vuestro gusto e invitad a las personas que desearías que estuviesen. Mientras estemos en ese sitio, no existirán las prisas ni los problemas. No habrá teléfonos, faxes ni ordenadores; tampoco relojes ni tareas pendientes. Aunque solo sea por unos momentos al día, no existirán esas cosas. Es un lugar solo para nosotros... para nuestra hoguera.

Ahora imaginemos afuera una noche invernal, nevada y agradable como esas noches navideñas que aparecen en las historias que enternecen el espíritu de los seres humanos inundándolos de un amor cálido.

Las ventanas empañadas difuminan la nieve que cae en el exterior y, junto a una chimenea que espera ser encendida para comenzar a hablar, nos acomodamos relajados.

Sentaos y poneos cómodos, ya sea en un confortable sofá, rodeados por un enorme montón de cojines, o en la mullida alfombra que cubre el suelo como la hierba que se extiende por un bosque. Elegidlo vosotros.

Pero, aún no encendáis el fuego, antes os contaré algo...

Nuba había crecido y, tras los años de aprendizaje, había superado en mucho a su maestro en el bello arte de la herrería. Una mañana, su mentor le dijo que su formación había finalizado y que a partir de ese momento debería

abandonar el taller y construir el suyo propio. Tras varios momentos de súplicas y ruegos para no dejar el lugar en el que tantos años había estado trabajando, su maestro lo convenció con unas palabras que impulsaron su confianza. Aquel viejo herrero le dijo que no tuviera miedo, pues en todo le iría bien. Además, había aprendido tan perfectamente el oficio que lo superaría con creces y, en poco tiempo, tendría un gran número de encargos. Aunque no muy convencido, viendo que su maestro no le dejaría volver por más que suplicara, Nuba aceptó que tenía que marcharse. Antes de partir, preguntó a su maestro por dónde podía comenzar. Primero tendría que comprar materiales para construir el taller y, tras terminarlo, debería adquirir las herramientas indispensables para el trabajo, pues el maestro necesitaría las suyas para continuar ganándose la vida y no podía prestárselas.

Al principio se encontró un poco perdido, pero no tardó mucho tiempo en averiguar dónde comprar todos los materiales para construir su taller y, poco a poco, su nuevo sitio de trabajo fue cobrando forma. Era un lugar muy amplio, construido a su manera y con gran espacio para almacenar material y no tener que estar continuamente viajando a por piezas de metal. Tenía unos grandes hornos que le permitirían fundir más cantidad de materia prima y varios fuelles con los que podría dar trabajo a un par de ayudantes si el negocio funcionaba.

Todo estaba terminado y la ilusión de Nuba empezó a llenarlo de confianza, haciéndole creer que las palabras de su maestro eran ciertas: todo iría bien. Ya solo faltaban las herramientas. Debía comprar martillos, yunques, calderos y demás utensilios con los que su nuevo taller comenzaría a funcionar. Para ello, se puso en contacto con un fabricante muy famoso, del que había oído que vendía unas herramientas extraordinarias.



Impaciente por comenzar sus primeros trabajos, mandó un mensajero para pedirle que le enviara las mejores herramientas que jamás hubiera fabricado. Pasaron unos días y por fin el envío llegó al nuevo taller. Al abrir la mercancía, Nuba quedó sorprendido al contemplar aquellas herramientas. Nunca había visto unas iguales y las formas que tenían no eran reconocidas por su memoria. Pensó que serían tan especiales que poseían unas formas desconocidas hasta ahora para él y con confianza se dirigió al taller para comenzar a utilizarlas. Al llegar allí, cogió un trozo de metal y probó las herramientas colocándolas en posiciones diferentes. Pero ninguna le sirvió. Lo intentó muchas veces hasta que su desencanto le hizo comprobar que no le serían de utilidad. Volvió a empaquetarlas y, enviándolas junto con una carta, a través de otro mensajero las retornó al lugar de donde habían venido. Al poco tiempo recibió un paquete en el que el vendedor le reembolsaba el dinero y le decía que habría habido algún mal entendido, pues en la carta de Nuba no figuraba cuál era su oficio, y él tenía fama por construir las mejores herramientas para carpintería. Si eso no era a lo que se dedicaba Nuba, era normal que no le sirvieran.

Nuba siguió buscando y un día alguien le comentó que al norte de la región existía un vendedor que poseía las herramientas que él buscaba. Volvió a hacer un pedido y, a los pocos días, su mercancía llegó al taller. Con la misma ilusión abrió el envío y su decepción al observar las nuevas herramientas le resultó familiar. Estas tampoco recordaba haberlas visto alguna vez. Aun así se dispuso a utilizarlas pensando que serían las más nuevas y modernas que existían. Estuvo varios días devanándose los sesos, intentando encontrar el modo de usarlas, pero agotadas todas las ideas, abandonó sus empeños, al comprobar que tampoco le valían para realizar su trabajo. De nuevo las regresó, acompañándolas de una carta en que explicaba el motivo de la de-

volución y, al poco tiempo, recibió su dinero junto con una respuesta. Esta vez también había ocurrido una confusión; según el propio vendedor, él era conocido por fabricar las mejores herramientas para escultores y, si no habían satisfecho sus deseos, probablemente se debía a que Nuba no era escultor. Por ese motivo no le habían servido.

Nuba se sentía desconcertado al ver que los pedidos que empezaban a hacerle se le acumulaban por no disponer de sus herramientas. Con desesperación, seguía buscando la solución a su problema, cuando llegó a sus oídos la noticia de un fabricante de herramientas que vivía en el gran lago del este de aquella región.

Recibió el envío y esta ocasión no tuvo duda de que una vez más el pedido estaba equivocado y las herramientas, aunque fabricadas con los mejores materiales y de una belleza admirable, no le servirían absolutamente para nada. Al sacarlas, pudo ver que había una enorme red de pesca, multitud de anzuelos, cañas, algunos arpones y numerosas boyas de diferentes tamaños. Esta vez fue él mismo el que, al escribirle al fabricante, manifestó que había habido un error por desconocer que las herramientas que él construía eran del antiguo oficio de la pesca.

Varios encargos más llegaron a su taller, en los que las herramientas recibidas se relacionaban con los oficios de sastrería, tala de árboles, alfarería, cestería, zapatería, fabricación de arcos y, por último, el arte de curtir pieles.

El tiempo pasaba y, envío tras envío, Nuba seguía sin encontrar las herramientas que le sirvieran para comenzar a trabajar. Cierta día oyó que lejos de allí, en el sur, existía un famoso fabricante de herramientas, que también era conocido por fraguar espadas realmente formidables. Una vez más, le encargó las mejores herramientas que fuera capaz de fabricar y, tras enviar el mensaje, esperó durante varios días.

A pesar de los fracasos reiterados, Nuba conservaba la misma ilusión de las veces anteriores, y con impaciencia esperó la mañana en que recibió su pedido. Los ojos de Nuba se iluminaron con fulgurante brillo al descubrir que aquella mercancía estaba compuesta por numerosos martillos, yunques, calderos, grandes pinzas y muchos más utensilios que sus retinas sí habían guardado en el recuerdo y reconocían como adecuadas para su oficio.

Los problemas terminaron y por fin el nuevo taller pudo abrir sus puertas. Nuba comenzó a trabajar durante todo el día para poder terminar a tiempo los encargos que estaban pendientes. Para ello, contrató a varios ayudantes que, junto a él, trabajaban con ímpetu y tesón. En una de esas agotadoras jornadas de trabajo duro, uno de sus ayudantes le preguntó con curiosidad.

—Eres seguramente el mejor herrero que hay en toda la región. ¿Cómo es posible que hayas tardado tanto en encontrar las herramientas adecuadas?

Nuba sonrió ampliamente, y observando a su ayudante le dijo:

—Tú también te reirás cuando te lo cuente. He aprendido mi oficio durante muchos años y he llegado a dominarlo como pocos lo hacen. Me dispuse a encontrar las mejores herramientas que existieran pero, las de carpintero no me sirvieron para nada. Al ver las de los escultores me inundé de su belleza, pero tampoco me sirvieron para nada. Más tarde, vinieron las de los pescadores a las que ni siquiera sabía por dónde cogerlas, y tuve que continuar con mi búsqueda. Luego llegaron las de sastrería, que eran muy refinadas y delicadas, y las del leñador, que eran fuertes y de hojas brillantes, pero ni siquiera sabía que existía ese oficio. El torno de los alfareros me llamó mucho la atención, pero no tenía ni idea de cómo utilizarlo. Las herramientas de los cesteros y zapateros eran pequeñas y muy bellas, pero mi

mente no encontraba la manera de hacerlas funcionar con el metal por más que me empeñara en intentarlo. Las del fabricante de arcos me sorprendieron, pues jamás había visto unos utensilios que fueran tan extraños y que, a la vez, tuvieran tanto que ver con los de los carpinteros. Y por último, al contemplar las del curtidor de pieles, ni siquiera hice el esfuerzo de usarlas para darle forma al metal.

—Pero... ¿por qué no pediste directamente las herramientas de herrería? —le preguntó aquel ayudante con una lógica contundente.

—¡Ja ja! —rompió a reír Nuba con unas sonoras carcajadas—. Ese es el secreto de todo lo sucedido: porque hasta el día en que reconocí esas herramientas... ¡no supe que mi oficio se llamaba herrería!

Hay muchas herramientas realmente buenas y formidables en la vida para que cada uno de nosotros encuentre las cosas que busca o para hacernos sentir de la manera que hemos perseguido durante mucho tiempo. Sin embargo, he comprobado que el que sean buenas y formidables no quiere decir que les sirvan a todos. Para llegar al horizonte propio debemos encontrar nuestras propias herramientas. Lo que a los demás les resulta útil puede que para nosotros no tenga ninguna utilidad; y lo que otros tiran a la basura, puede que nos rescate cuando todo parecía perdido. Quizá esto que ocurre sea una demostración más de nuestra complejidad y de nuestra profunda individualidad, puesto que, aunque necesitamos un medio social, somos radicalmente particulares. En estos tiempos parece que se intenta erradicar esa señal de identidad propia y única al generalizar sobremedida y al encuadrarnos en grupos según cumplamos una serie de ítems o patrones. Pues no. Pienso que somos únicos y que lo que a unos les vale, a otros, sorprendente y desconcertadamente, no. Por eso, no es trabajo de nadie que no sea nosotros mismos responsabilizarse de buscar lo que nos sirve particularmente. Las herramientas están todas o casi todas ahí fuera, y somos nosotros los que debemos probar unas y otras hasta encontrar las que nos son adecuadas. Esto no se produce porque sí, sin hacer nada. Requiere de un trabajo, una búsqueda en la que nos encontraremos infinidad de cosas, unas válidas, otras no. Ese es nuestro privilegio: elegir las que se ajusten a nosotros. Pero para poder elegir hay que probar y comprobar. Y, precisamente, a comprobar si es esta una herramienta que en verdad os servirá es a lo que deseo invitaros. Si es así, poseeréis un utensilio más para llegar a donde deseáis y, si no, la búsqueda continuará llevándoos a nuevas herramientas que probar.

Ahora sí estamos en condición de comenzar. Quien lo desee puede encender la chimenea con el fuego que alimenta las palabras... y que fluyan las historias.

Es una fría noche de invierno. Afuera, la nieve cae tiñendo con su color albo todo lo que habita bajo ella. Los cristales están empañados con el calor de la chimenea junto a la que nos encontramos y la madera crepita componiendo la banda sonora de esta gélida noche.

Mirando afuera y dejando volar nuestra imaginación, podemos ver todo el suelo blanco; blanco como una gran hoja de papel, donde podemos escribir nuestras historias, adornando las calles con palabras. Sentaos junto al calor del fuego y contemos... .

## SOMOS LLUVIA

**E**ra una gran ciudad en un lugar sin importancia y en un día como otro cualquiera. Debajo de un cielo azul y limpio, que pasaba desapercibido, un tumulto de vehículos, una gran reunión de murmullos y decenas de aglomeraciones de cualquier cosa que podáis imaginar, se desarrollaban tranquilos como en cualquier otra mañana.

Alguien caminaba por la acera de una de las calles más transitadas, cuando su mirada se alzó hacia el cielo, curiosamente ahora cuando se hallaba gris y oscuro tras la formación de grandes y negras nubes, que ansiosas esperaban el momento de descargar toda el agua acumulada.

En lo alto del cielo, en uno de aquellos agolpamientos de agua, es donde aparezco yo, pues soy una de las miles de gotas que cayó aquel día.

Había pasado no sé cuánto tiempo, y muy lejos quedaba ya la época en que era una diminuta partícula de agua dentro de una nube que comenzaba a formarse. Había crecido y me había convertido en una gran gota de lluvia, a la que le llegaba el momento de comenzar su viaje. Jamás olvidaré esa primera vez que lloví de los cielos.

—¡Venga Naúra! —me dijo con insistencia una mis compañeras, mientras me empujaba hacia el borde de la nube para que cayera.

—¡No, no, por favor! —exclamé muerta de miedo mientras hacía toda la fuerza que podía para no ser arrastrada—. ¡No quiero caer por favor! ¡No me hagas esto!

—¡Todas lo hacemos cuando nos llega el momento! —me contestó mientras avisaba a otras para que la ayudaran a empujarme.